CAPÍTULO LXXXII. *Que Fernando Cortés llegó a Tetzcuco, hizo señor de la ciudad a Ixtlilxuchitl (que se llamó don Fernando) desposeyendo de el señorío de él a Cohuanacotzin, su hermano mayor, a quien le venía por legítima herencia; y la conjuración de Antonio de Villafaña*

OMENZÓSE A DESCUBRIR la gran ciudad de Mexico, la laguna y toda su comarca; en pasando el puerto referido, bajábase a lo llano y Cortés iba con pensamiento de entretenerse en la guerra de los pueblos comarcanos de Mexico, mientras llegaban los bergantines. Los indios también descubrieron el ejército cristiano desde las cumbres de las sierras y avisando con ahumadas, se juntaron cien mil hombres que tomaron un puesto por donde necesariamente el ejército había de pasar y allí le aguardaron; y el tercero día de este año los descubrió Fernando Cortés y cerró con ellos con veinte caballos; y aunque sobre ellos descargaron infinitas flechas, los apretaron y, con el favor del ejército, los pusieron en rota y huida, quedando muchos enemigos muertos; y alegres los castellanos con esta victoria fueron a dormir a una villa, del señor de Tetzcuco, que hallaron yerma; y porque se supo que estaba cerca otro grande ejército de mexicanos, se estuvo con cuidado. Otro día salió de allí para Tetzcuco, que está tres leguas de campaña muy poblada y de buenos edificios (porque el señorío y ciudad de Tetzcuco no era menor que el de Mexico, antes mayor en el número de las casas); salieron al camino cuatro indios muy bien aderezados, con una vara y en ella una bandera de oro y entendiendo que aquélla era señal de paz, mandó Cortés hacer alto y hecha reverencia le dijeron cómo Cohuanacotzin su señor se le ofrecía a su servicio y suplicaba que no hiciese daño en su tierra y que se aposentase en su ciudad, adonde podía ir sin recelo. Con esta embajada se holgó Cortés, aunque le pareció fingida y respondió agradeciendo su voluntad y pidiendo, que pues no había remedio en la muerte de cuarenta y cinco hombres y cinco caballos y más de trescientos tlaxcaltecas que mataron, que a lo menos le volviesen la plata, oro y joyas que en su tierra se tomó a esta gente; donde no, que haría que por cada castellano muriesen mil de ellos. Respondieron que aquello se hizo por mandado de el señor de Mexico y que los mexicanos se llevaron el despojo; pero que harían lo que pudiesen en buscarlo y restituirlo. Hacíase al ejército buen acogimiento por todas aquellas poblaciones. Fue a Huexotla, media legua de Tetzcuco, adonde cupieron los castellanos y muchos indios amigos y porque no parecían mujeres ni niños, mandó Fernando Cortés que nadie saliese de el alojamiento, porque si había trato no peligrasen y por asegurar la gente de la ciudad descubrióse de las azuteas de la casa que los naturales la desamparaban, llevando su ropa y sus mujeres y hijos en canoas y por tierra a las sierras y que esto se hacía con demasiada priesa. Entendido por Cortés mandó llamar a algunos de los

principales, dijo que don Fernando Cortés, que traía consigo (que como atrás queda dicho, se había confederado con él), era hijo de Nezahualpiltzintli, su gran señor y que se lo daba de su mano por señor, pues Cohuanacotzin se había pasado con los enemigos mexicanos y había alevosamente muerto a su hermano Cuicuitzcatl por codicia de reinar; y así fue recibido don Fernando Cortés por señor y los que se habían ido a la sierra volvieron y la ciudad se pobló y la gente fue bien tratada.

Desde a tres días los señores de Cohuatlichan, Huexotla y Atenco, fueron llorando y dando grandes excusas de haberse ausentado y pidieron perdón y ser admitidos en gracia, pues si alguna vez habían peleado lo hicieron por fuerza; hízolo con condición que serían dobladamente castigados si fuesen traidores. Mucho pesó de esto a los de Mexico y enviaron mensajeros a remediarlo, pero los tres señores lo avisaron a Cortés y le enviaron los mensajeros, los cuales negaron la embajada y dijeron, que venían a rogar a estos señores que fuesen terceros para paz entre los cristianos y mexicanos; y aunque Cortés entendió su astucia, los mandó desatar; dioles algunas cosillas; ordenóles que dijesen en la ciudad, que pues los que tuvieron culpa de lo hecho eran muertos y habían pagado, que fuesen sus amigos; prometieron de hacer este oficio y de volver con respuesta, pero no parecieron más. Entre tanto que esto pasaba, como los caudillos no pueden siempre satisfacer a todos, algunos descontentos procuraron, por medio de Antonio de Villafaña, de levantarse contra Fernando Cortés y elegir en su lugar a Francisco Verdugo, hombre de autoridad y de valor y cuñado de Diego Velázquez, cuyo amor todavía tenían muy impreso en su ánima. Eran casi trescientos los conjurados, con determinación de forzar a Francisco Verdugo a acetar el cargo, el cual, de este caso no era sabidor. Estando, pues, aguardando la ocasión para dar a Cortés de puñaladas, uno de los cómplices fue a él y con la cara demudada y el habla alterada le dijo, que si le concedía la vida y le guardaba secreto de él, descubriría una cosa que mucho le importaba; liberal y promptamente se lo otorgó y el descubridor dijo que convenía luego prender a Antonio de Villafaña, que era el movedor de este caso. Ordenó luego Fernando Cortés a Gonzalo de Sandoval que le prendiese y tomase un papel, que se entendía que traía en el pecho y en él los nombres de los conjurados; y aunque se dio priesa en ello, ya tenía Villafaña en la boca la mitad de el papel; pero apretáronle la garganta y le hicieron echar una parte dél, adonde parecieron escritos catorce nombres de personas de cuenta; y cuanto a él, luego confesó la culpa, pero por muchos tormentos que le dieron, constantemente sufrió sin condenar a ninguno ni querer nombrar persona; y aquellos nombres dijo que los había escrito para hablarlos y solicitarlos; pero que hasta entonces no les había dicho nada. No pesó a Cortés de que castigando a uno se pudiesen reconciliar los demás; y así ahorcó a Villafaña. Otro día juntos los castellanos les dijo, que Villafaña había andado como cristiano, en no acusar a los que estaban firmados en aquel papel y en el que se había comido, pues eran inocentes, que les rogaba que si había alguno quejoso se declarase, que le daría satisfación; y que si en algo erraba, se lo advir-

tiesen, pues no le podrían hacer mayor placer; y díjoles otras muchas razones de amor, con que los reconcilió y ellos quedaron contentos, disimulando lo pasado y alegres de no haber sido descubiertos; pero desde entonces vivía con mayor recato.

### CAPÍTULO LXXXIII. *Del peligro en que se vio el ejército castellano en Itztapalapa, y de una batalla que tuvo Gonzalo de Sandoval con el ejército mexicano, y que en Tetzcuco juraron a don Fernando Ixtlilxuchitl*

N OCHO DÍAS QUE CORTÉS ESTUVO EN TETZCUCO, sin salir fuera, entendió en fortalecer la casa de su alojamiento y proveerle de vitualla, temiendo de ser allí acometido de los enemigos y visto que no se movían salió de la ciudad con doscientos infantes y diez y ocho caballos y cuatro mil tlaxcaltecas; fue por la orilla de la laguna a la ciudad de Itztapalapa, de diez mil vecinos, que entonces más de la mitad de ella estaba fundada en el agua, cuyo señor era Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma y el que echó a los castellanos de Mexico y murió de las viruelas. No pudo ir tan secreto que no fuesen avisados los vecinos; comenzaron a retirar su ropa a las casas que estaban en el agua, con las mujeres y niños; y dos leguas antes halló tropas de gente de guerra, que peleando le iban llevando a la ciudad y otros en canoas por la laguna iban haciendo lo mismo; y cuando le tuvieron cerca de ella, salió de golpe sobre él toda la multitud. Peleóse tres horas, con mucha porfía, hasta que no pudiendo resistir los de Itztapalapan se retiraban al agua, donde muchos se ahogaban y otros se salvaban en las canoas. Murieron cinco mil de ellos, pocos tlaxcaltecas, ningún castellano, hubieron gran despojo y pusieron fuego los indios amigos a algunas casas.

Poco antes de la victoria rompieron los enemigos una calzada, con que pasó el agua de la laguna salada a la dulce; y cuando los cristianos seguían el alcance, sin sentirlo, iba creciendo el agua; pero echándolo Cortés de ver con su maravilloso ingenio (con el cual todo lo consideraba y miraba, sin que nada se le escondiese) dio mucha priesa en sacar la gente y por mucha diligencia que usó, eran las siete de la noche; y cuando se iban retirando, en unas partes llegaba el agua a la rodilla y en otras a los pechos. Perdióse el despojo, ahogáronse algunos tlaxcaltecas y si se detuvieran tres horas más no quedara ninguno. Salieron a las nueve; pasaron frío aquella noche y sin cena; y otro día fueron sobre ellos los de Mexico; y peleando siempre, se fueron retirando a Tetzcuco. Murieron algunos indios amigos y un castellano, que fue el primero que murió peleando en el campo (aunque le retiraron y llevaron a Tetzcuco porque los indios no le viesen). Otro día llegaron mensajeros de la ciudad de Otumba y de otras cuatro ciudades cercanas pidiendo perdón de los enojos que habían dado en la